

RUSIA EN EL LABERINTO DE TESEO

EL SUPPLICIO DEL REY ETRUSCO

ANTONIO PERÉZ RAMOS

Narra Virgilio (Eneida, VIII, 485) que el rey de Etruria Mecencio ataba a sus prisioneros a un cadáver, con lo que la aterrorizada víctima debía sentir la propia y la ajena descomposición. Alain Besaçon recuerda esta imagen en su imprescindible estudio sobre los orígenes intelectuales del leninismo (1977), al ponderar las posibilidades de renovación de una Unión Soviética inexorablemente atada al fantasmal ocupante del Mausoleo de la Plaza Roja. Y, en fin, lejos de tratarse de una fantasía del poeta mantuano, los rumores que antaño circulaban en Rusia no excluían ese tormento de entre los empleados por la policía política en los tiempos heroicos de la construcción de la Ciudad Ideal.

Mas no es la realidad física de tal tortura la que concita la atención del observador en la Rusia presente. ¿Qué agobiante se vuelve un símil cuando éste nos acompaña como obsesivo viático por todo ese laberinto de espejos levantados para embrollar el hoy y el ayer, borrar las pistas y construir fáciles señuelos que distraigan la atención! Primero era la sordidez del embuste soviético, la mendacidad pactada, y la penuria bien visible para quien quisiera y supiera mirar: vivienda, hospitales, escuelas, cuarteles, asilos. Por todas partes, el pensamiento cautivo, la misma burocracia rábida y corrupta; y también la puerilidad y el servilismo de una población casi resignada ante unos déspotas cénicos, multiformes e incompetentes. Después, en un momento de gracia, sopló el hábito de la regeneración, y hombres y mujeres supuestamente pasivos mostraron a un mundo medio incrédulo que la llama de la indignación aún ardía en su humanidad humillada. Allí acabó el siglo veinte. Pero, ahora, hay varias Rusias en una. El espejismo de la discontinuidad con el pasado obnubila la percepción de muchos estudiosos, como otrora la imagen ideal de una Rusia literaria y humanista compensaba el erial de la nomenklatura depredadora ante algunos bienintencionados espíritus. Perversa

* A. Pérez-Ramos es doctor en Filosofía por la Universidad de Cambridge. Ha estudiado Filología Eslava en Cambridge y Moscú.

táctica en ambos casos: tan absurdo es concluir que el país anterior a 1992 se ha esfumado hoy en el paraíso neoliberal como era buscar a Chéjov o a Tolstói en el universo real de Brézhnev o del primer Gorbachov. ¿Quién nutriría ensueños goethianos en el Frankfurt actual de la arrogancia financiera, la emigración y la xenofobia? ¿Cuál es entonces y en dónde para el escurridizo presente? El suplicio del rey etrusco, ese inescapable cadáver uncido a cuantas iniciativas de regeneración cívica imaginen individuos o grupos, se hace doblemente atroz en la amargura de las decepciones y en la sangrienta burla de tantas esperanzas. ¿Quién conoce a Nikolai Omielin? En 1991 su figura dio la vuelta al mundo: las cámaras filmaron a un innominado joven que aseguraba con un cable los hombros de la estatua de Félix Dzerzhinski para que la grúa derribara al fin su siniestro monolito. También apareció fotografiado en el balcón de la Casa Blanca, en donde había luchado, en compañía de Yeltsin cuando ambos celebraban un lustró tras el fracaso del *putsch*. Hoy ya ha cumplido 34 años, no tiene trabajo y vive en una habitación. Al sacarlo del cuasi-anonimato la revista *Itoghi* le llama el "último romántico" (20 de agosto de 1996): sus intereses se confinan a la música pop y al culturismo. La política le ha defraudado. A su manera, se habrá percatado de que el monumento al fundador de la Cheka era como una simbólica pluma parangonado con el peso muerto que agobia a la Rusia actual.

¿Cómo deshacerse de tal lastre? He aquí a la sociedad desarmada de hoy, con la boca abierta en un gesto entre estúpido y voraz, atenzada por las ligaduras que la atan al pasado. ¿Qué sociedad no lo tiene?, se argüirá. Ninguna, a buen seguro. Más la trampa estriba en la facilidad con que algunos pasados se trasmutan en presentes proclamados inéditos, y en cómo la atención negociada del entramado multimediático privilegia la novedad, aun superficial y ficticia, frente a la deriva inercial de los poderosos. Aislado por el cólera en el otoño de 1830 en su confinamiento de Bóldino, Pushkin bosquejó entre otros su pequeño drama *Festín en tiempo de peste*. ¿No cua-

drará esa apelación para designar los gozos terrenales de la vieja-nueva clase disfrutadora, ese 10% de la población que en Rusia ya está acaparando el 2/3 de la riqueza del país? Festín (*pir*) y peste (*chumá*). ¿Cómo y en dónde encontraremos el uno? ¿A qué sabe el hálito obscuro de la otra cuando desviamos la mirada del rostro de los convidados? Hoy ya no se precisa de abstrusa exploración para topárselos de cara. A veces son un aura, otras un huracán. *Pir* y *chumá*: parece una jaculatoria o una maldición que dimanase del orden eterno de los seres. Que tal orden se llame ahora economicismo y ciencia empresarial no cambia nada. Los aplausos que prodiga el espectador (nunca la víctima) constituyen consabida parte del decorado, como ayer y anteaayer lo eran también cuando el comunismo prometía aquí una esquina del paraíso. El lector puede acompañarme en la búsqueda de esos dos protagonistas. Esta excluye la indulgencia, el autoengaño y la condescendencia. Sobre todo la condescendencia: ¿desde qué país puede escribirse como desde un tabernáculo de pureza, verdad o justicia? *Primum intellegere*. Mas la pesquisa no excluirá nunca el amor, inmenso hacia ese pueblo sufriente y su cultura, su música, su poesía y su lengua incomparable, y hacia su historia tan densa de infamia y grandeza. Rusia no es sólo una nación, sino una metáfora de la condición humana. Por eso siempre será piedra de toque de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad. Rusia fascina, pero de continuo interpela.

La peste es infinitamente más atopadiza que el festín. De cara me la encuentro desde hace días en manifestaciones sangrantes. Entre la calle Krávchenko y la avenida Vernadsky (que atraviesa el barrio sudoccidental de Moscú y conduce al aeropuerto de Vnúkovo), dos hombres juegan cada mañana a un escondite mortal. Uno, a guisa de lazarillo, empuja la silla de ruedas del otro hasta el semáforo plantado en medio de la calzada. Cuando la luz roja se enciende y van a detenerse los coches, el joven custodio lanza el carricoche del viejo impedido a la torrencera del tráfico. Pero los conductores frenan tarde y a desgana. Al poco, comienza la siniestra danza de ir evitando a cuantos no se peccataron a tiempo de la maniobra: está calculada para conseguir algunos rublos, a medio camino entre la limosna y el chantaje. Al fin, los ileos suicidas alcanzan el semáforo de la acera opuesta, aguardan allí la señal luminosa que marca el ritmo de su trajín y se sumergen otra vez en el fuego granado de los seis raffles. El tiempo de su carrera es muy escaso; nula la vigilancia variada. ¿Cuántos días podrán resistir un juego semejante y qué resorte de miseria les ha impulsado hasta allí? Por ahora, son la distracción matinal de cuantos se apresuran somnolientos a la estación de metro cercana. También entretienen el ocio de las docenas de vendedores que a esa hora van

instalando sus tenderetes, como el orondo cancerbero de sandías de Astraján que parece habitar día y noche en el tenducho de su fruta. Todos miran, la mayoría sonríe y se alza de hombros. Las sandías se pudren a la lluvia y al sol. A veces, la milicia urbana parece reclamar ilusorios permisos o reales sobornos. La impasibilidad de la vida no permite colegir si ésta es la nueva o la vieja Rusia, y la comitiva mañanera de los soldados está ahí para ensanchar el resquicio que la realidad horada en el cartón-piedra de la ficción.

Contentos quizá por permanecer en Moscú y no luchar en Chechenia, los reclutas han de proceder como cada día al rito que enmascaran sus uniformes. Sus andares de recluso reducen a sarcástica mueca las promesas electorales de Yeltsin: en mayo de 1996 se pronunció por la creación de un ejército profesional. Pero los soldados siguen siendo mano de obra esclava para las tareas de construcción. Junto al cruce se levanta una residencia de estudiantes con las habituales pretensiones de rascacielos, hoy arrendada a no se sabe qué inquilinos. Alrededor, se alzan unos arbustos verdinegros sobre la acera a medio asfaltar, lodazal en otoño y primavera. No lejos, un pequeño lago artificial dividido en dos mitades reclama obras cuyo misterio último se ocultará en algún cajón o armario de la alcaldía de Moscú. Por eso están aquí. ¿Se trata de agrandarlo, de construir una canalización nueva, de efectuar reparaciones con las que la fortuna ha bendecido a este barrio? ¿Influirá quizá el prestigio de la cercana embajada alemana, meta de tantas colas nocturnas, con su cortejo pícaro de vendedores y "agentes"? Lo ignoro, pero los soldados aparecen cada mañana, cabeza rapada, paso plúmbeo y adusto ceño. En la espesura de los arbustos satisfacen los apremios de su humanidad doliente, mineral casi en este rodillo giratorio de indignidad y humillación. Algunos se acercan a los viandantes —siempre tensos, siempre con prisas— y les piden comida, dinero o cigarrillos. A veces, sin rodeos, vodka. La demanda no suele ser atendida y el demandador se lleva su hedor acre al santuario de la vegetación. Por la tarde, junto con otros bañistas, quizá desafiará la prohibición escrita y chapoteará en uno de los dos depósitos de agua pútrida contiguos a la avenida Vernadsky. Mas ¿cómo llegar allí sin atravesar la hierba, vadear por dos veces la costra de inmundicias —cadáveres de perro abandonado, barro fétido, parásitos innumerables—, y endosar después la casaca tiesa por el sudor reseco? El vodka —*la serpiente verde*— será asidero infalible en ese trance. Al día siguiente la mano de obra gratuita reaparece en el tajo, flácido el cuerpo y turbia la mente. Un camión desvencijado ya habrá descargado allí otra montaña de ladrillos. Son bloques polvorientos y puntiagudos. Transportarlos hasta el chami-

zo de la construcción es tarea de la tropa, pero nadie ha reparado en que existen carretillas o contenedores. ¿Para qué están las manos? ¿No ha repetido un poder inmemorial que un ruso es capaz de soportarlo todo?

El calor del mediodía y las aristas del material imprimen su sello. Los soldados nimbán con las grietas y las pústulas de las manos de las profundas honras de servir al ejército de Yeltsin y su corte. Seguramente también al FMI y a otras instancias, pero observo que sus estigmas no manan divisas, sino sólo sangre y pus. Otros soldados, quizás conocidos de su mismo contingente, se ofrecen ahora en el centro de Moscú por cincuenta dólares a los clientes extranjeros que desean satisfacer esa fantasía. Ciertos oficiales —me revelan, y no veo razón para manifestar incredulidad— les han dirigido, mediante comisión contante, hacia ese tráfico. Ellos sabrán si es o no substancioso. Ahora me explico qué pintaban junto al teatro Bolshoi, en mi camino a la Biblioteca Estatal Rusa (antes Biblioteca Lenin) esos rostros huidizos en uniforme de faena. Y ahora documento cuanto percibo con la lectura de un artículo que *Niezavisimaya Gazeta* (24 de julio de 1996) publicada hace días. En Rusia es hoy afirmación frecuente que “quien no roba no llega a general”. De ella se hace eco el pueblo y el medio escrito: recuerda adrede el viejo axioma bolchevique “quien no trabaja no come”. El periódico aireaba esta convicción al apostrofar al diputado-general Liov Rojlin, presidente de la Comisión de Defensa de la Duma y antiguo señor de la guerra en Chechenia. ¿Acaso descubriría ahora la corrupción entre Jefes y Oficiales? ¿Tantos generales hay en Rusia para que resulte imposible la investigación? El diario tampoco se mordía la lengua al calificar las atrocidades del ejército ruso en la república caucásica como “terrorismo de Estado” (8 de agosto de 1996). Quizá algún alma piadosa calibre con esto la actual libertad de prensa en Rusia. Pero también es posible otra visión: ¿no revelarán quizás todas esas acusaciones el acomodo de los amos con una *dejar decir* que reparta réditos foráneos en aval democrático pero cuya efectividad interior sea nula? Quede la disputa sobre la tolerancia represiva en su versión postsoviética para ocasión venidera. Es sabido: el canto de los grillos, estridente a veces, no perturba al dueño de la finca si de verdad lo es, sabe que lo es y qué medidas ha de tomar para seguir siéndolo.

Y, sin embargo, ...*ecce homo*. Mal nutrido, mal vestido, embrutecido y humillado, el joven contingente del Ejército carga hoy con una de las más devastadoras herencias del país. No en vano el gran rusista Jacques Sapir dedica un tercio de su crucial *Le Chaos russe* (París 1996) a esta descomposición amenazante en la que el letal suplicio del rey etrusco se

manifiesta en cada intento de reforma o depuración. ¿Por dónde empezar? La gloria militar es aquí la heredada de la ocupación de Europa Oriental y el enriquecimiento de los mandos al repatriarse, la vergüenza de la guerra y derrota afgana, la incapacidad de evitar los enfrentamientos vicarios entre Azerbayán y Armenia o el intento de genocidio de osetios y abjazios por obra de los georgianos de Gamsajurdia, los turbios manejos en Tayijistán y, en fin, la criminal e irresuelta herida de Chechenia —en donde sus connacionales rusos han sufrido y siguen sufriendo los mismos horrores que los separatistas caucásicos.

La pregunta es inevitable: con todo lo publicado y difundido ya en la prensa y televisión rusas sobre el estamento militar y los dos años de vida cuartelaria —maltrato, mutilaciones, suicidios, asesinatos, violaciones y sevicia ritual (*diedovschina*) por parte del veterano al bisoño—, ¿por qué no existe aún en Rusia un movimiento de masas que reclame la inmediata objeción de conciencia, la automática abolición de esa ordalía y la depuración penal de una institución incompetente y parásita? Rusia, Moscú y Petersburgo en particular, han conocido numerosas concentraciones multitudinarias desde 1991. ¿Por qué el antimilitarismo público y articulado no se revela como sentimiento popular? El interrogante desborda, por supuesto, cualquier aspecto técnico en la administración de uniformes y armas.

Entre otras pueden ofrecerse dos respuestas complementarias a tal enigma. La primera y la más cínica es la sugerida por Bruce Clark en su libro *The Empire's New Clothes* (1996). El autor, corresponsal diplomático del *Financial Times* en Moscú, se fija perspicazmente en los signos de recomposición de la antigua URSS (cuya disolución fue declarada ilegal por la Duma el pasado 5 de marzo de 1996) y toma como símbolo de tal proceso el nueve de mayo de 1995. Aquel tradicional Día de la Victoria volvió a ser celebrado con toda la pompa que los humillados hijos y nietas de Stalin apeteían: banderas rojas, presidentes de las repúblicas de la CEI sobre el mausoleo de Lenin y, más tarde, la fastuosa parada militar en la avenida de Kutuzov. Para algunos intérpretes, el contraste con años anteriores y una mirada al mapa geoestratégico sugiere que, a despecho de todos los recortes en el presupuesto militar, el régimen yeltsiniano ha conseguido reconstruir sus apoyos fronterizos en Moldavia, Transcaucasia, Kirghistán, Kazajistán, Tayijistán, Bielorrusia y, de manera mucho más sutil, en la misma Ucrania. Cuestión de intimidación, chantaje económico y correa de transmisión de la reciclada nomenklatura. El viejo expansionismo vuelve remozado y astuto. La penuria dineraria de la que todos se hacen eco golpearía an-

tes al millón y medio de hombres en armas afectados al Ministerio de Defensa que no a las unidades de veras decisivas, en especial el cuarto de millón adscrito al Ministerio del Interior, a las tropas de frontera (700 000 hombres), al FSB (principal sucesor del KGB) y a la bien pertrechada Guardia Presidencial. Lo mismo vale para la prometedora carrera en las florecientes milicias semiprivadas, bancarias (150 000 hombres) y otras: siempre hiende la espada bien bruñida. No es momento para submarinos nucleares, misiles intercontinentales o cazas invisibles, porque la verdadera partida se juega en distinto tablero. Inoportuna ocasión, por tanto, para airear oficialmente y prestar oídos a sentimientos antimilitaristas, si tras un inevitable repliegue táctico se vislumbra ya un amanecer de recuperación o revancha.

El otro obstáculo que aborta cualquier conato de rechazo articulado a toda institución castrense se sitúa, a mi juicio, en las representaciones más tradicionales de la imaginación rusa, aunque éstas procedan del más remoto pasado. ¿Cómo enfrentarse de veras con una institución, el Ejército, la defensora de la *ródina*, o sea, de la nutriente y húmeda tierra rusa que nos ha engendrado a todos? El papel y vigencia de tal mito (*ródina-mat'*, Madre Patria) ha sido estudiado con gran detalle por Joanna Hubbs en *Mother Russia* (1988) y sus conclusiones cuadran bien con las connotaciones agrícolas y matrifocales que en Rusia sigue revistiendo el discurso nacionalista, unido al guerrero. A la postre, ¿qué significa aquí el servicio en armas? No es el sacrificio a una divinidad masculina como el *otíchestvo* (de *otíets*, padre), imposición oficial de Pedro I, ni menos aún en las circunstancias presentes, el *gosudarstvo* (de *gosudar'*, soberano), apelación acuñada por Pablo I a finales del siglo XVIII. Pocos o ninguno creen en tales cosas, aunque esas palabras sean de uso general. La divinidad femenina, empero, es más resistente. El tabú frente a la rebelión contra la madre (el campo semántico de *ródina* es el del verbo *rodít'*, parir, y el del sustantivo *rod*, el propio género, el grupo próximo, el clan) bloquea el pensamiento crítico hacia cuantas instituciones soviéticas o postsoviéticas sepan explotar esos sentimientos y terrores: la primera de todas, el Ejército. Todo discernimiento y juicio ha de permanecer al margen allí donde la afectividad inconsciente es consagrada como señora. Así se explica, por ejemplo, por qué se publicaba como encomio público que el general Lébed se condoliese de las míseras condiciones de vida de sus subordinados en Afganistán y tratara per-

sonalmente de ponerles remedio. Personalmente: *lichno!* Es decir: las relaciones de hombre a hombre con su carga de arbitrariedad y azar —el “jefe bueno”— han de primar sobre toda racionalidad normativa. El entramado de leyes o la introducción de instancias anónimas del derecho constituiría una interposición aberrante entre la madre engendradora pero víctima y el hijo inmolado y supuestamente agradecido. Es como si la bota y el uniforme militar reconciliaran al hombre con la tierra tótem, su matriz primigenia. Y aquí procede recordar a Nikolai Berdiáyev, cuando en *La idea rusa* (1946) argumentaba persuasivamente que en el universo simbólico de su patria “la maternidad (*matierinstvo*) es la categoría fundamental”.

Por supuesto, en la reciente historia no existe mejor nutriente de tal asfixiante liana materna que el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial y su diestra explotación. La *Gran Guerra Patria* y la derrota del nazismo aglutinaron ayer voluntades y aún aglutinan hoy identidades y sentimientos. Pero también engendran y reproducen innumerables mentiras y falsificaciones: la última, el monumento a las víctimas de la barbarie alemana levantado en Poklónnaya Gora, inaugurado en Moscú el 9 de mayo de 1996. El escultor georgiano Zurab Tsereteli ha representado la entrada a las cámaras de gas de hombres, mujeres y niños. Las figuras, desnudas y hieráticas, parecen desplomarse una sobre otra como piezas de un gran dominio humano. La madre tapa piadosamente los ojos de la criatura para que no vea el espanto del Auschwitz esculpido. Pero, ay, en vano se buscará ahí una referencia a la Shoah, a pesar de que la iconografía sea un calco descarado de las imágenes difundidas por el martirologio hebreo. Y en vano se intentará argumentar (aunque en mi experiencia la aquiescencia privada sea frecuente) que en aquella hora siniestra el desventurado pueblo ruso se encontró entre dos fuegos mortales: el fascismo alemán de frente y el fascismo soviético detrás. ¿En qué paró aquella victoria, pagada con indecibles padecimientos y horrores? ¿En dónde se levantan hoy los monumentos a los “Auschwitz sin chimeneas” que fueron Vorkuta, Kolymá, Magadán, y tantos otros episodios del propio genocidio? El pasado mata, pero también acobarda y avergüenza. Retuerce la sensibilidad y descarría la razón. El símil se adensa y robustece: el rey etrusco no sólo disfruta del tormento infringido, sino que lo multiplica en un dédalo de imbricadas sombras. He de preguntar a los soldados de la avenida Vernadsky en qué galería moran ellos. ◀